

CAPITULO V

LA UNIVERSIDAD DEL TIEMPO ACTUAL

Durante el transcurso de su aventura sobre la tierra, el hombre debió luchar para sobrevivir al principio en un medio hostil, y en ello debió emplear la mayor parte de sus esfuerzos. En la segunda parte logró domesticar las principales y más inmediatas condiciones circundantes, en grado suficiente como para poder pensar en su cultivo interior y en la propagación y sistematización del conocimiento. En la tercera etapa que estamos transitando, se ha lanzado decididamente a crear condiciones artificiales de vida altamente propicias para ciertos aspectos del vivir, pero que han desatado numerosos interrogantes sobre otros campos morales y espirituales. También, el hombre se ha entregado a indagar el microcosmos y el macrocosmos como nunca lo había hecho antes, esto último, para lograr las explicaciones que su creciente racionalidad y refinamiento exigen y, casi seguramente, como una manifestación más de la necesidad atávica de acercarse por todos los caminos posibles hasta la realidad espiritual última y verdadera de todas las cosas.

La universidad, creadora, preservadora y propagadora de la cultura, fue una de las manifestaciones más importantes y trascendentes de la segunda etapa recién relatada, cuando el hombre percibió que el saber podía salir de las manos de unos pocos y propagarse. En la era actual, sumido en una tormenta de confusiones cada vez más peligrosas, el conocimiento ha tomado una dimensión de tal magnitud que está obligando a la universidad a replantearse y a adoptar una configuración que acompañe las nuevas situaciones.

Si deseamos mantener el pensamiento argentino dentro del movimiento intelectual mundial y, a la vez, contribuir a que la República Argentina no se aparte del núcleo de naciones que siguen las rutas del progreso, es menester revisar desde sus bases a toda nuestra universidad. Resulta demasiado evidente que, tras un tímido manto de modernismo, conserva, mejor diríamos atesora, todos los estilos renacentistas. De no tomar una serie de decisiones dentro de un plazo razonable, pronto será bella pero arcaica. No podemos vivir aferrados a fetiches que hicieron época tres cuartos de siglo atrás.

Dos desafíos a la universidad reformista

Desde que se produjo en 1918 el movimiento llamado la Reforma, la política se ha convertido en el factor desencadenante de una singular situación. Los universitarios argentinos hemos sido como navegantes que, embelesados por una estrella a la que debiéramos observar sólo instantes para guiarnos, hemos ido tras ella y al hacerlo nos estamos olvidando del rumbo y del puerto al que debemos llevar la nave. No hemos tenido en cuenta que la estrella se mueve conforme leyes que le son propias y que si bien es menester observarla para situarnos en la ruta, no hay que seguirla hacia donde se dirija en su marcha errática, por momentos aleatoria. Hay asuntos que la universidad reclama a grito desesperado desde hace mucho. Todo ha quedado repetidamente planteado en términos de dialéctica y, a lo largo de décadas, las reivindicaciones en materia de gobierno universitario y la acción de los grupos de presión han sido las

luminarias de la universidad. Se adueñaron de la educación superior argentina. Los universitarios argentinos hemos empleado un tiempo desproporcionadamente grande para debatir cómo se debe gobernar la universidad, pero, en lo profundo, quiénes la han de gobernar, ya que ello es una cuota de poder dentro de la nación misma. La universidad - planteada de este modo - se ha ido transformando en escuela política de jóvenes que luego proseguirían su carrera en las legislaturas y otros medios que les son propios.

Consideramos así que sobre política y gobierno universitario estamos empalagados, por lo que proponemos emplear mejor el tiempo retirando del desván de los trastos viejos dos asuntos poco meneados y que no integran la pasión de las asambleas universitarias, ni de los consejos superiores, ni de los consejos directivos. Veremos que desempolvados y limpios brillan más de lo esperado. Estos dos asuntos son: la relación entre la universidad y el sector productivo, y la calidad de los claustros y su medición.

Lo primero implica acoplar a la universidad con el país, y no se extrañen los desprevenidos por esta forma de decir. Al país lo hemos visto ir por una senda y a la universidad, por otra, aislada, solitaria. El país, sin ser subdesarrollado en virtud de sus bases antropológicas, ha llegado a ser una nación sin desarrollo, detenida. La universidad se ha encerrado en su cientificismo y en la pasión por la universalidad del conocimiento. Voló con sus altos estudios por sobre todo, pero poco sobre las necesidades de la nación y sus gentes. Sobre ese pueblo que por muchos años la pagó con su trabajo. La sociedad argentina siente que su universidad se preocupa demasiado por sí misma y, subida al pedestal de lo que considera su brillantez, parece no ocuparse de buscar las soluciones prácticas para la poca riqueza mal distribuida o para la mucha riqueza abandonada sin elaborar. Pocos hablan de estas cuestiones, salvo que les sirvan para demostrar sus tesis políticas. La universidad argentina, apegada a viejas concepciones, ha propiciado la tesis del saber - saber sin darse cuenta de que las transformaciones del mundo imponen una universidad que sostenga la tesis del saber - hacer. Esta propuesta, que pareciera un giro de la universidad científica hacia la universidad profesionalista, no lo es tanto si se conservan ciertas bases y se observan ciertas reglas elementales que preserven los valores esenciales y eviten que la universidad deje de ser una academia intelectual y se transforme en un simple enseñadero, distribuidor de diplomas de valor cada vez más dudoso. O peor aún, en una simple fuente de empleos para todos los que se desempeñan en ella. El saber por el saber mismo no resuelve el problema del agua potable, ni los males endémicos del Altiplano, ni la superpoblación de los grandes centros urbanos, ni la destrucción de la fauna y la flora, ni la contaminación de la biosfera, ni extrae el petróleo que está bajo los pies, ni ahorra divisas al no importar cosas simples que se pueden hacer con empleo de mano de obra, ni propaga la cultura, ni aumenta la calidad de vida de la gente, ni resuelve los problemas de la alimentación, y así podríamos seguir llenando carillas. Embadurnando paredes con lemas y panfletos no se resuelve nada. Se podrá decir que los universitarios argentinos trabajando aislados en sus tareas específicas han hecho desarrollo y han resuelto problemas. Es posible que esto pueda ser demostrado. Pero pensamos que ningún estudio serio puede demostrar que la universidad, como entidad y salvo muy honrosas excepciones, se interesó por el desarrollo del país en los últimos cincuenta años. Consumió recursos de la comunidad y no devolvió en servicios una cantidad equivalente. Creyendo que el país tenía el cuerno de la abundancia se olvidó de la relación costo - beneficio. Casi con insolencia reclamó y reclama más recursos sin arrimar una escuálida idea de cómo obtener esos recursos. Ajena al

mundanal ruido, consideró que alguien debía proveer los fondos necesarios para que docentes e investigadores hicieran sus tareas con total tranquilidad espiritual. Pocas veces las voces airadas de reclamos por mayores recursos informaban cómo devolverían a la sociedad esos recursos que cada vez cuestan más. No hubo, en ese sentido, cuentas claras y la universidad, subida al pedestal de su intocabilidad, no recibió las auditorías para determinar si los fondos que se le proveían estaban bien empleados.

Por ello, cuando las situaciones desbordaron y el país no pudo más darse el lujo de sostener a una universidad conforme las tradiciones medioevales parecían imponer, comenzó la verdadera *vía crucis* de la educación superior argentina. El concepto de "administrar a la universidad" se hizo una idea execrada por los claustros. El país se fue deteniendo en los últimos cincuenta años y su universidad - como si no fuese parte del mismo - pareció como desentenderse. Produjo intelectuales distantes de las realidades de los sectores productivos que aportaron los fondos para su formación. Formó profesionales creyendo, con una gran dosis de inocencia, que dotándolos de incumbencias en las que ya casi nadie cree se los ponía a salvo de toda contingencia de por vida, pero ignorando que, cuando esos profesionales ingresaban al sector productivo, esas incumbencias no constituían resguardo alguno. A veces, la universidad argentina formó intelectuales que pensaron que la gente aumenta de peso con sólo recitar los poemas de algún líder carismático de oriente, de esos que obligaban a toda la gente a vestir trajes iguales a los que él usaba. Hoy el país se aflige sin reparar que su organismo pensante máximo, la universidad, es responsable indirecto de esta situación, pues no acercó su capacidad de análisis a un país que creyó que el campo era la panacea universal y que con dos buenas cosechas todo se arreglaba. La distancia que hoy separa a la universidad del sector productivo es todavía mucha, aunque se empiezan a observar saludables signos de reacción.

El otro punto más arriba señalado es la eficiencia de los claustros superiores y la medición de su calidad. Recordamos que el escritor inglés Gilbert Chesterton puso su fina ironía sobre el vocablo eficiencia, pero para otros asuntos y para otro tiempo. Por ello, en este escrito procuraremos atenuar la idea que la eficiencia es asunto subalterno, no acorde con los altos giros del pensamiento abstracto. Para ello debemos evidenciar que la universidad está dejando de ser sólo un centro de investigaciones en ciencias puras y escuela superior para formar humanistas, científicos y profesionales, y se está constituyendo en un servicio de la comunidad. La universidad ya no puede ser sólo un conglomerado de sabios que se sientan a filosofar sobre el origen de todas las cosas, sino también un laboratorio capaz de procesar ideas prácticas, realizables, tangibles, que llena la vida de todos los días de los hombres y mujeres de un país. La universidad pública sostenida por los contribuyentes de todo el país y la universidad privada sostenida por los aranceles de los alumnos están al servicio de esta comunidad no sólo para que los líderes del pensamiento filosófico cumplan sus designios haciendo uso de una especie de beca permanente y vitalicia, sino para que científicos y técnicos se ocupen de prestar ayuda a la gente, resolviéndole problemas al más bajo costo posible. Aclaremos un poco esto último. Pensamos que la universidad debe formar universitarios cabales al servicio del país y de sus gentes, impartir instrucción a nivel superior, hacer investigación, logrando todos esos efectos en el menor tiempo posible y consumiendo la menor cantidad posible de dinero, o sea, al más bajo costo.

Sabemos que estamos introduciendo una forma de decir que intranquilizará a muchos académicos, catedráticos e investigadores. En primer lugar, propender a una racional administración de los fondos a toda universidad es un deber social que no sólo incumbe a los empleados de la contaduría o la tesorería, sino a todos los que se desempeñan en la universidad, procurando hacer rendir al máximo los fondos asignados, que no son otra cosa que el trabajo fecundo de las gentes de un país. Es también obligación terminante medir de alguna forma ese rendimiento, o sea, encontrar alguna forma de valorizar cuantitativamente lo que entrega la universidad - que es potencial humano e investigación - y lo que consume para lograrlo, que es su presupuesto. Hay una relación entre el producto, egreso de la universidad, y lo que consume, los fondos asignados. Nótese que estas afirmaciones no tienen que ver con los magros sueldos de los profesores o con la falta de recursos para bienes patrimoniales, ni con las pobres partidas para investigación. Al menor costo significa encontrar con ingenio fuentes de recursos adicionales y mejores métodos para producir mejores resultados. Formar más y mejores graduados. Hacer llegar la cultura a más personas, penetrar agresivamente en la investigación pura o aplicada. Extender el vuelo del pensamiento filosófico y todo lo que sigue y que bien sabemos es incumbencia de la universidad. En la era actual es ya posible medir asuntos antes impensados. Desde el cálculo de cuánto cuesta formar bien a un médico, asunto todavía no bien clarificado, hasta encontrar la tasa de crecimiento cultural lograda con una unidad monetaria. O sacar a la luz en términos sencillos cuánto cuesta la hora de investigación o qué precio tiene adelantarse tres lugares en la escala internacional de investigación biológica. Debe buscarse algún nuevo concepto de "rentabilidad" de los asuntos universitarios.

Nuevas definiciones

A poco que se avance sobre el terreno de estas ideas y las definiciones clásicas, encontramos visibles dificultades porque aparecen problemas de factibilidad o conveniencia, es decir, problemas de administración. Aquí hemos llegado a un punto crítico. El vocablo *universitas* pudo ser útil en épocas en que el tamaño de los centros superiores de estudios permitían la concentración de todo el saber y de todos los alumnos bajo un mismo techo unificado. El saber no era para aquel entonces un asunto tan voluminoso y los alumnos, un número razonable. Los maestros griegos podían "salir fuera de muros", como se estilaba decir, a filosofar seguidos de todos los discípulos. Podían, al hacerlo, llevar consigo a toda la ciencia y a todos los aprendices. Para nuestros tiempos la explosiva cantidad de conocimientos y de alumnado, junto con la racional subdivisión del trabajo que nos impone la época, no permite vivir aferrados a definiciones, dogmas o ideas pasadas de moda. Opinamos que hoy una universidad debe ser un mecanismo eficiente y que sus directivos, además de hombres de estudio y con una formación universal y vasta, deben tener una cualidad que pocos resaltan y muchos aborrecen: un *management*. Los tiempos imponen una combinación de componentes intelectuales sumados a una vasta cultura y habilidades y destrezas para la administración. Si falta esto último, la universidad entra en dificultades y termina por detenerse.

Todo lo dicho apunta a justificar lo que sigue. Estamos convencidos de que la nueva universidad que es menester recrear en la Argentina debe ser diferente de la actual. Por ello nos atrevemos inclusive a proponer nuevas definiciones tales como:

Universidad: es una unidad educativa de grado superior, integrante del sistema educativo de la nación, destinada a buscar y transmitir el conocimiento y formar profesionales, con una estructura y composición adecuada al concepto de máxima eficiencia y gran agilidad para el cambio, que además esté integrada a los sectores productivos del país.

Esto se complementa con:

Universitario: es una persona que ha efectuado por lo menos un ciclo completo en una universidad, adquiriendo una formación profunda en una rama del saber humano, en lo particular, para poder ejercer una profesión intelectual, y una formación en lo general, como para tener una visión equilibrada de su especialidad y del ser humano dentro de la cultura toda, apreciar la ubicación del hombre en el universo, y todo aquello que compone los supuestos metafísicos, ambas formaciones destinadas a propagar el bien, el progreso de las ciencias y el desarrollo integral de todos los hombres y de todo el hombre, y como base de preparación para un continuo perfeccionamiento posterior durante toda su existencia.

Admitiendo estas ideas - aunque sea provisoriamente - lo importante es lo que hace la universidad y no cómo está compuesta o cómo se define. Lo que importa es que forme universitarios, sin preocuparse mucho sobre cómo se las arregla internamente para lograrlo, cosa variable con el tiempo, las circunstancias ambientales, los propósitos generales y la región del mundo en que se encuentra.

Todo lo que antecede nos invita a pensar que muy pocos han sido los que han tomado a su cargo la tarea de estudiar la universidad que hace falta para el país en que nos toca vivir, lo que implica la formulación de una verdadera filosofía de la educación superior, hoy todavía ausente.

Suponemos, con fundadas razones, que los universitarios que es necesario modelar de ahora en adelante deben tener ciertos atributos tradicionales y dos capacidades nuevas: la capacidad para el cambio y la capacidad para el liderazgo.

La nación tiene el derecho de exigir una clase dirigente sensata y responsable que, a la vez, entienda el tiempo que le toca vivir y la forma de insertarse en el mundo actual. Los universitarios incorporados a la vida de relación y a la vida cívica son factores de progreso y ejemplo para la comunidad. Por eso, el desenvolvimiento diario de un graduado debe estar regido por las más estrictas normas de ética y moral. No alcanza con un desempeño técnico eficiente si éste no está acompañado por una conducta que configure en todo momento la imagen de un universitario. De aquí que nos preocupa mucho más la definición de universitario que la definición de universidad. Lo que más nos ha faltado a los argentinos en los últimos cincuenta años es una legión de probos administradores científicos en todos los órdenes y en todas las esferas, y así las cosas, por ese vacío de clase dirigente que palpamos, hemos desacelerado el progreso y tenemos un país que no está acorde con el nivel de su riqueza potencial y su clima. Esa clase dirigente de líderes políticos que es menester formar debe indefectiblemente salir de la universidad.

Al decir que el universitario debe ser un dirigente queremos expresar que debe tener una formación orientada hacia lo operativo y hacia lo administrativo. Lo operativo involucra los conocimientos específicos de su profesión, y lo administrativo, lo que soporta a lo

operativo, es decir, las políticas y los objetivos. Por todo esto, debe estar habituado desde la universidad a detectar los objetivos e ir tras ellos.

Etapas históricas del desarrollo universitario

Conviene repasar algo sobre la llamada "universidad napoleónica". Después del Renacimiento, el espíritu de la ilustración y el enciclopedismo se extendió por toda Europa, particularmente Francia. Sin embargo, la Revolución Francesa encontró una universidad marchita, como terminando un ciclo histórico. El mismo Diderot se fastidiaba por el exceso de griego y latín. Los espíritus estudiosos y los entusiastas de las ciencias naturales no provenían, después de la Revolución, de los medios universitarios. En el período posterior, cuando gobierna el Directorio nacen las Escuelas Especiales y las llamadas Escuelas Centrales. La Escuela de Trabajos Públicos de 1794, donde se enseñaba metalurgia, cartografía y puentes, es la hoy famosa Escuela Politécnica. Luego siguen otras para enseñar la ingeniería incipiente. Pero esas escuelas no eran la solución a la caída de la calidad universitaria postrevolucionaria. Llega en 1800 la época del consulado de Napoleón Bonaparte y se habla de reconstruir a la universidad sin la carga de privilegios traídos de la época de los últimos reyes. Bonaparte percibe que el poder de las armas no puede ser duradero ni universal. Cuando en 1804 el Senado le confiere la dignidad imperial de Napoleón I, encarga a su ministro de educación en 1806, Francisco Fourcroy, la creación de un *corps enseignant* sometido al estado. Se formó así un cuerpo de maestros áulicos, cortesanos y palaciegos, más obedientes a los mandatos del emperador que a consideración académica. Como decía Napoleón Bonaparte Emperador, "no existe estabilidad política si se carece de estabilidad espiritual". En verdad formó la "universidad del poder" en vez de la "universidad del saber". No era la universidad imperial la *universitas magistrorum et scholarium*. Un cuerpo de este tipo, como es lógico esperar, no resulta gestor de ciencia ni buscador de sabiduría. Por ello, las instituciones privadas inician verdaderas batallas en defensa de sus autonomías, dado que el emperador las avasallaba. Como muchas de ellas estaban en manos de la Iglesia Católica se producen roces entre el Papa y el Emperador. En el ocaso de su apogeo, Napoleón consideraba que el estado era el custodio de la ciencia y de la cultura, negando la libertad de aprender como habían postulado los pensadores de la Revolución. Hasta tal punto se llega que hasta pequeños liceos y escuelas de poca importancia eran vigiladas por la universidad imperial. Como es de suponer, la universidad debía menguar y su lugar lo ocupan otras de Europa, principalmente de Alemania. La educación debía ser estatista y los ciudadanos debían esperarlo todo del estado y aceptarlo como educador ideal, insobornable e imparcial. Los rastros de la universidad napoleónica llegaron a la Argentina y han dejado sus influencias.

Cada vez escuchamos más voces preocupadas por la situación de la universidad en la Argentina, pero es sólo la punta del iceberg, la parte visible de algo mucho más profundo, que contiene diversos aspectos de la vida cultural de la nación. Ese iceberg parece marchar a la deriva de las pasiones políticas. Puede terminar por embestir a la nación misma. Pero es menester advertir que el fenómeno universitario no funciona correctamente en otros países del mundo. No estamos solos y esto podría ser el síntoma de que la universidad está como concluyendo un ciclo histórico, no sólo en nuestro país. Por ello es bueno que los universitarios nos constituyamos en estado de debate y con nuestras flexiones colaboremos. Veamos el asunto desde una perspectiva histórica.

La universidad en el mundo tuvo etapas. Las primeras *universitates* fueron Bolonia, Salerno y París, que eran centros de análisis, estudio, meditación, investigación y docencia. En esos primeros momentos se pretendió abrazar todo el conocimiento humano. Por lógicas razones, esas entidades primarias sólo abarcaron las humanidades y la universidad nació y creció con un sesgo humanista y partiendo de la cultura greco-latina. No hacía falta más y estaba bien. El modelo académico de la escuela platónica, la escuela peripatética y las consecuencias del llamado "siglo de Pericles" funcionaron bien hasta la llegada de la primera revolución industrial, en que apareció la incipiente ingeniería tal como hoy la conocemos. Esto trajo perturbaciones que brillantemente trató José Ortega y Gasset en su memorable *Misión de la universidad*. La ingeniería de base científica sacó a la universidad de su esquema clásico y la colocó abruptamente en un mundo diferente. Cuando la ingeniería se hizo visible - y las *grandes écoles* que nacieron en Francia de espaldas a la Sorbona en la mitad del siglo pasado son un punto revelador de esta tesis -, las universidades sumidas en el humanismo adoptaron alguna de las dos siguientes posturas. Unas rechazaron la técnica industrial y se quedaron sólo con las cosas del espíritu. Otras abrieron sus escuelas de ingenieros. Como éstas últimas resultaron insuficientes para cubrir las necesidades de un mundo en veloz transformación, en muchos países nacieron los politécnicos. Pero estas entidades - netamente ingenieriles - tenían un flanco débil: formaban técnicos superiores sin base humanística y ello era visiblemente inconveniente. Es así que si hoy repasamos los contenidos curriculares de los grandes institutos tecnológicos, sobre todo de Estados Unidos de América, nos encontramos con Shakespeare, la Biblia o Platón, palpando la preocupación de formar al hombre junto al técnico o al científico.

De lo anterior deducimos que la universidad practicó un modelo proveniente de la Grecia clásica hasta principios de este siglo, en que la ingeniería irrumpió en la historia de la humanidad, sin pretender afirmar que fue el factor desencadenante de este cambio, sino que junto a otras actividades del ser humano, mostraron a la universidad la necesidad de adecuar su orden interno. Desde esos momentos, la ingeniería se ha convertido en un factor componente de la cultura contemporánea. A lo largo del camino transitado en lo que va de este siglo, repetidas veces se confundió la ingeniería con la ciencia aplicada, cuando en verdad es una disciplina independiente, basada en varias ciencias entre las que se encuentran las ciencias fisicomatemáticas, pero que también contiene a las ciencias económicas, las ciencias sociales, el derecho o la biología. Es probable que ese ingreso tardío de la ingeniería al concepto más integral de cultura se deba a las secuelas que ha dejado el humanismo clásico proveniente del Renacimiento. El humanismo - como filosofía moral que propicia la dignificación del hombre - advirtió tardíamente todo esto y aún no lo ha asimilado, pese a la influencia de José Ortega y Gasset en su brillante obra *Meditación de la técnica*. La gravitación de un poeta y pensador del humanismo como fue Francisco Petracca nos tiene aferrados a los clásicos y la musa inspirada en sus 300 sonetos dedicados a Laura, sin advertir que Leonardo da Vinci fue un modelo de ingeniero proveniente del Renacimiento.

Nos parece claro que el *primer modelo* fue la *academia intelectual*, el lugar de la meditación y el encuentro de maestros y discípulos. Pero a partir de ciertos hechos, este modelo fue alterándose y hoy se ubica en otra posición. En la Argentina el cambio casi tiene una fecha fija y se lo ubica en la llamada Reforma, fenómeno social sobre el que ya hemos hablado, de 1918. En otros países fue posterior. Desde ese momento la

universidad argentina se va politizando, tal como si al haber fenecido el ciclo académico e intelectual, se transformase en un foro político. Si observamos el comportamiento de los consejos académicos y los consejos directivos de las universidades argentinas desde 1918 hasta el momento actual - principalmente las universidades estatales - no es difícil percibir que muchos problemas políticos de las diversas épocas por las que fue atravesando el país repercutieron en sus claustros y se debatieron en ellos. No queremos significar que esto fue malo, dado que los grandes problemas políticos también se deben debatir en la universidad para encontrar las vías de solución. Deseamos expresar que el debate no fue científico, sino simplemente político, en donde las diversas tendencias e ideologías sólo procuraban espacios de poder. Los líderes de la oratoria y el panfleto hacían en la universidad sus trabajos prácticos del curso de política barata que los conduciría luego a posiciones en sus comités, en sus partidos y así escalando lugares, integrarían largas listas que se ofrecían al electorado. La universidad argentina era prenda de cambio en las rencillas entre los gobiernos de turno y las oposiciones, librándose batallas ideológicas antes de salir a la calle a gritar y pintar lemas en ruidosas manifestaciones que se habían gestado en los claustros, perturbando a los alumnos que deseaban estudiar y a los profesores que deseaban enseñar, todo pagado con los dineros del pueblo que por décadas sostuvo a esa universidad. Pero no fue sólo en la Argentina donde cosas así ocurrieron, dado que formas semejantes aparecieron en otros lugares y las universidades se empezaron a aparecer a tribunales que pretendían sentenciar a todo aquello que no gustaba a los activistas. Los desencuentros no eran sólo de política de baja calidad, sino también se hizo racismo y desencuentro de clases. Todo se va mezclando y así llegamos a los acontecimientos violentos de París en 1968 como fecha importante. En ese momento, la universidad francesa sale a la calle movilizada por una intelectualidad utópica y miope, y sale para hacer política desembozadamente. Probablemente para ellos las bases de esto debemos buscarlas en la posguerra, donde Jean Paul Sartre con su filosofía del existencialismo marcó una forma de reclamo social persistente, descarnado y cruel, al cual las clases intelectuales no podían desatender. El mundo se conmovió sin advertir que la Argentina había tenido en 1918 algo semejante, pero aquí como consecuencia de la ola inmigratoria que recibimos y asimilamos. Las ondas de este fenómeno están alcanzando al gigante norteamericano y hoy la politización se ha instalado en sus *campi*. Repasamos el pensamiento del pensador liberal francés Guy Sorman en su obra *Hacia un nuevo mundo* (Editorial Emecé) y nos informamos de síntomas alarmantes. En página 70 de esa obra leemos lo que sigue:

"Conocí en Harvard a un profesor de derecho negro, Deret Bell, que hacía seis meses que no dictaba clase para protestar contra la ausencia en Harvard de un profesor de derecho, negro y mujer. Para él, se trataba de una discriminación. El decano de Harvard busca desesperadamente a una candidata, pero por el momento no hay ninguna que reúna las condiciones exigidas para enseñar en Harvard".

Esta burda politización aleja sensiblemente el *primer modelo* de universidad antes mencionado y lo acerca a lo que nosotros nos atrevemos a llamar el *segundo modelo*, que bien podríamos denominar *foro político*. Lo que ocurrió en Harvard desvirtúa la esencia misma de la universidad, tanto como a nosotros cuando los consejos académicos toman medidas demagógicas para dejar tranquilas a sus huestes políticas que los han elegido - y si es posible - reunir voluntades para las próximas elecciones de los tres claustros, paralizando de continuo las clases y la investigación para gastar tiempo valioso en una

seguidilla de "procesos electorales" preñados de frases repetidas, consignas imposibles de cumplir y declaraciones sobre asuntos que nada tiene que ver con la vida académica. El marxismo residual que hoy deambula buscando un techo acogedor parece quererse refugiar en los *campi* como si todo el mundo que se derrumbó a la caída del muro de Berlín buscara un recinto honorable en donde hibernar a la espera de la oportunidad propicia para renacer como el ave Fénix.

Entre nosotros es justo reconocer que ha faltado un pensador de la educación superior, una mente clara y ordenadora que guiara a esa masa de intelectualidad que vive en toda universidad. Faltó quien viera claro el futuro. Así, la universidad argentina decayó y hoy se debate en una crisis imposible de ocultar. No anda mal porque el presupuesto asignado sea muy magro, sino por otras cosas más importantes, aunque ni la soberbia que le insufló la universidad napoleónica, de la que tomó muchos de sus estilos, ni la altanería de su autonomía le permiten ver con claridad su posición y admitir con humildad sus gruesas fallas. A todo esto se suma que inventó un método de gobierno *sui generis*, ineficiente, anticuado y lento, impropio para los tiempos que vivimos.

La universidad modelo empresa educativa

Repasando ahora todo en conjunto nos parece que la universidad nació con una concepción lírica, académica e intelectual que es menester conservar y fomentar, pero luego tomó un cariz político. Ahora tiene, por suma de los errores acumulados, una dimensión que hace imposible se desentienda del problema de la obtención de los recursos necesarios para su funcionamiento y que dé espaldas a una racional administración. Nunca admite que la crisis económica que la aqueja es producto de su falta de visión para admitir una dimensión posible con los recursos que la nación le puede asignar. Nunca reconoce que sus angustias financieras son producto de su inadecuada administración, de la falta de un planeamiento sensato, de dar espaldas a las fuentes de recursos. La universidad en la Argentina no ha tomado conciencia plena de la relación costo - beneficio y va siendo hora de que se ponga a estudiar con la mayor seriedad posible, cómo administrar austeramente los bienes que no le pertenecen y cómo obtener más recursos de los que el estado le puede entregar.

Resulta claro que las universidades para el tiempo que viene - sean éstas estatales o privadas - deberán ocuparse de la formación de recursos humanos para un mundo muy diferente al de la mitad del siglo pasado o los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Debe ocuparse de la formación para las profesiones necesarias hoy, además de buscar el conocimiento con la investigación y prestar servicios de diversos tipos. Debe proveer los recursos humanos necesarios y en la cantidad necesaria. Debe hacer investigación por objetivos para cubrir necesidades probadas. Puede haber algo de investigación lírica, determinada por los mismos investigadores, pero el grueso de los recursos para esa actividad debe canalizarse hacia la búsqueda de solución a necesidades probadas, necesidades que la comunidad reclama, conforme planes en que la universidad se limite a prestar el servicio de investigación. Debe también tener una dotación de alumnos ajustada a las reales necesidades y a la posibilidad de atenderlos decorosamente, buscando la excelencia. Optimizar el número de cargos docentes a cantidades que no conviertan la tarea educativa en una simple fuente de sueldos para una clase intelectual subocupada por irracional planeamiento. Dedicaciones de profesores y

auxiliares a cantidades que aseguren la homogeneidad de los estudios y las investigaciones, y en cantidad ajustada a las posibilidades económicas. Por sobre todo, un severo control de calidad y un riguroso control de gestión en base a indicadores confiables, aunque eso pueda colisionar con la autonomía y la autarquía. La universidad del tiempo actual ya no puede ser el refugio de una clase intelectual altanera y sobredimensionada para el país.

Si estas afirmaciones fuesen aceptadas y aplicables, cualquier hombre de empresa aconsejaría cómo diseñar el *tercer modelo* de universidad para el tiempo actual. Es bastante sencillo encontrarle el nombre. Sería la universidad de la *empresa educativa*. Esta denominación causará sobresalto a los intelectuales clásicos de la vida universitaria, habituados como están, a no preocuparse por asuntos tan banales como la adquisición de fondos para pagarles los sueldos y las investigaciones, y mucho menos controlar cómo se gasta el dinero.

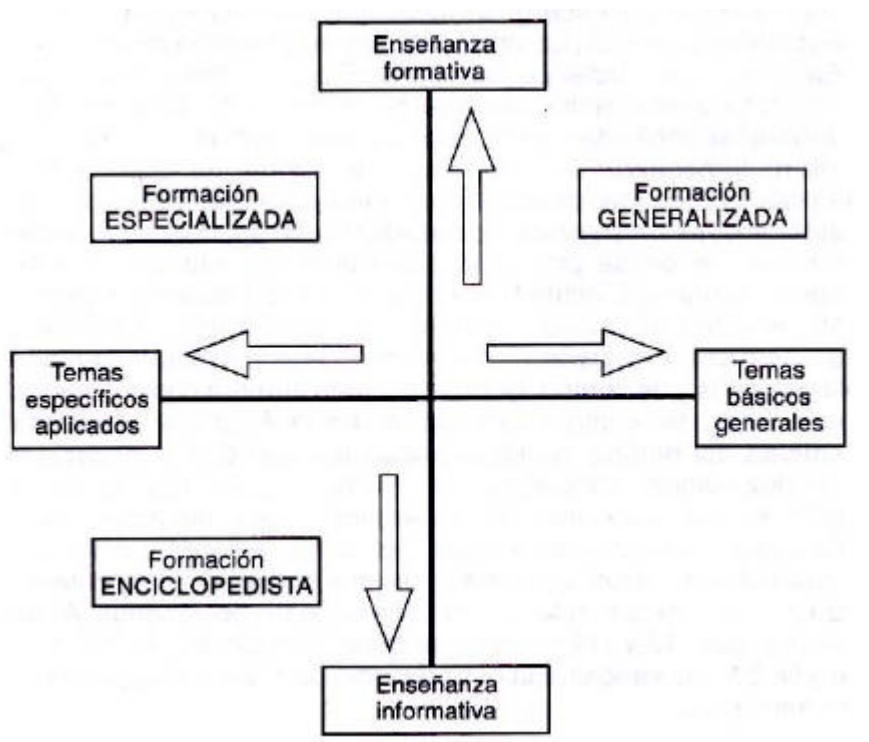
Suena como desagradable eso de la *universidad modelo empresa educativa*, pero aconsejamos no apresurarse. Cuando hablamos de universidad funcionando como una empresa, nos referimos a la forma de administración y obtención de los recursos para la vida normal de la misma. Excluimos totalmente el propósito de lucro y esto debe quedar muy claro. La universidad modelo empresa educativa deberá volver sus ojos al primer modelo antes relatado, es decir, al modelo academia intelectual, pero dentro de un esquema de racional eficiencia y administración. Podrá tener un Rector que será la figura intelectual que fijará las políticas y tendrá la responsabilidad total, tanto académica como administrativa, fijando el alcance de todas las actividades, secundado por un Senado multidisciplinario formado por fuertes figuras de la intelectualidad y del sector productivo. Uno será el órgano máximo de ejecución y el otro el que actúe en posición de asesoramiento. Lo que en la empresa se ha dado en llamar *line* y *staff*. Los tradicionales órganos colegiados de lo que conocemos en forma genérica como "los claustros" serán responsables de los aspectos legislativos y de proceder a evaluar los resultados. Este tipo de estructura tal vez requiera una figura no frecuente en la vida universitaria, como es la de un *gerente ejecutivo* capaz de controlar el buen empleo de los dineros a la vista de los requerimientos académicos. El concepto de este tipo de estructura apunta al buen uso de los recursos, sean éstos provenientes de las arcas del estado en las universidades oficiales, sean provenientes de las cuotas de los alumnos en las universidades privadas, sin descartar también el necesario control de dichos fondos en los casos de provenir de entidades exteriores a la universidad, a través de convenios de colaboración, por encargo de investigaciones específicas, o por el dictado de cursos. La idea central es la existencia de un *Poder Ejecutivo* y un *Poder Legislativo*. El Ejecutivo tiene la conducción total y debe rendir cuentas periódicamente. El Legislativo genera las líneas de acción programática, los planes de estudio, los reglamentos y hace el necesario control de gestión. Por fuerza, el Ejecutivo debe ser electo entre los mejores conforme estatutos, mientras que el Legislativo debe ser colegiado y con representación de profesores, alumnos y graduados. No se descarta que el Ejecutivo sea elegido por el Legislativo, según sea el estilo de cada universidad. Se observa que en este tipo de estructura aparecen los clásicos claustros como órganos legislativos y de control, pero de ninguna manera como órganos ejecutivos, tal como ahora ocurre en la Argentina. Ninguna entidad del mundo moderno puede trabajar con la eficacia y rapidez exigida, conducida por un órgano colegiado, de por sí lento en las decisiones. En la Argentina, las funciones entre decanos y consejos directivos

- o entre rectores y consejos superiores - están invertidas, sin que nadie lo haya notado. Basta leer el estatuto de la Universidad de Buenos Aires - artículos 113 y 117 o buena parte del artículo 98 y el 103, o la ley N° 23.068 sancionada el 13 de junio de 1984 - para verificar lo afirmado.

Desarrollos teóricos actuales

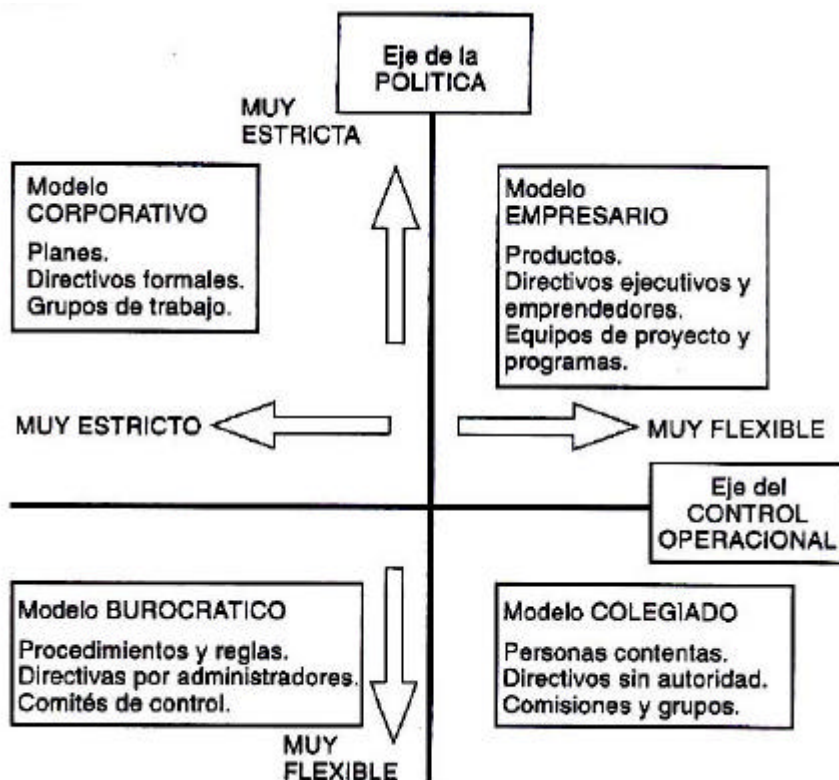
Para concluir el tratamiento del tema universitario con relación al tiempo actual, procedamos a exponer algunas ideas recientes, en donde aparecerán las ideas comentadas.

En la figura que sigue, trataremos de ilustrar por medio de un gráfico en coordenadas cartesianas, las configuraciones que puede adquirir la formación universitaria, conforme se enfaticen los factores más preponderantes en juego. Esta forma de representación fue expuesta por el catedrático doctor Francisco Aparicio Izquierdo de la Universidad Politécnica de Madrid en un seminario impartido en la Argentina, y también aparece en la obra *La calidad de la enseñanza superior y otros temas universitarios* escrita por F. Aparicio Izquierdo y R. M. González Tirados, editada por el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Politécnica de Madrid, 1994.



Esta forma de presentar el "tipo" de formación nos sirve para introducirnos en el tema. Durante un seminario desarrollado en la Universidad de Belgrano, en Buenos Aires, en abril de 1994, los consultores Bossard y Anglia presentaron un esquema de igual factura, pero apuntando más a la cuestión política del asunto. Nótese que comienza a hacerse presente el modelo empresarial de universidad, según sean las tendencias que se adopten en lo político y en lo operativo. Por primera vez en este trabajo presentamos dos

conceptos que pocas veces se ven juntos: la política y la gestión. La política - como hemos comentado más arriba - ha impregnado, casi saturado, la vida universitaria argentina y la apartó de su senda académica. Pero lo segundo, la gestión, es asunto casi desconocido en los claustros, asunto prohibido, sobre el cual nadie que se aprecie emite juicio. Por ello, el gráfico que sigue intenta correr el velo de todo esto.



Si repasamos la historia de la universidad argentina, tal vez podamos catalogar el tipo de modelo aplicado en cada época. En épocas de gobiernos inconstitucionales prevaleció el *modelo burocrático*, muy ajustado a la forma de pensar de esos momentos, con fuerte tendencia hacia el *modelo corporativo*. En la época de los gobiernos constitucionales con respeto por las leyes, la tendencia es hacia el *modelo colegiado*, con el peligro de marchar hacia la demagogia de poco fuste, con facilismo y poca excelencia. La propuesta que estamos propiciando en este trabajo, de marchar hacia la *universidad modelo empresa educativa*, inclinada por el interés en los "productos", que son los graduados y las investigaciones. Esto no da lugar a "personas contentas" como el modelo colegiado, porque la excelencia siempre requiere esfuerzo, tesón y disciplina, es decir, trabajo.

También del seminario antes citado extrajimos una tabla resumen del tipo de universidad que hoy encontramos en el mundo, cuadro muy útil para redefinir a nuestras casas de altos estudios y tipificar sus tendencias.

MODELOS INSTITUCIONALES DE EDUCACION SUPERIOR

FACTOR CARACTERISTICO	ESCUELA UNIVERSITARIA	UNIVERSIDAD CLASICA
ORIENTACION ESTRATEGICA	Procura una formación de alto nivel adaptada al mundo del trabajo.	Crea y transmite el saber.
CRITERIOS DE PRESTIGIO	Garantía laboral. Empleo de graduados.	Calidad de la investigación. Prestigio de los profesores.
FUENTES DE RENOMBRE	Ex alumnos, empleadores, empresas.	Comunidad científica.
ORIENTACION DE LAS CARRERAS	Formación profesional.	Saber académico.
ORGANIZACION DE LOS ESTUDIOS	Congruencia de la carrera. Pasantías. Práctica profesional. Resolución de problemas.	Currículo abierto y optativo. Adquisición del saber. Cursos magistrales y trabajos prácticos.
VERIFICACION DE LOS CONOCIMIENTOS	Asistencia a cursos. Asistencia a exámenes.	Tesis, trabajos de investigación.
MODO DE GESTION	Predominio del poder central.	Amplia autonomía de las cátedras

Este cuadro nos muestra que - en cuanto a la educación superior en la Argentina, es decir, la formación de ingenieros - el modelo de *escuela universitaria* es el más adecuado, pero al estar la mayor parte de las carreras de ingeniería en *universidades clásicas* no ha sido posible congeniar las cosas. Esto nos hace volver sobre lo dicho en el sentido de que la formación de los ingenieros en la Argentina, desde el siglo pasado, respondió a un modelo educativo de raigambre científica, en vez de un modelo profesional. En muchas escuelas de ingenieros - que funcionaron como ya dijimos en facultades de ciencias fisicomatemáticas hasta bien entrada la mitad de este siglo - se practicó el modelo equivocado. Este cuadro demuestra lo afirmado. Los ingenieros argentinos se formaron en universidades que utilizaban los factores de la tercer columna de la tabla anterior, como si los ingenieros, al egresar, se hubiesen de quedar todos en la universidad para hacer investigación y desarrollo y emitir publicaciones científicas.

La formación de ingenieros en la Argentina sufrió este contratiempo, salvo en algunos lugares como la Universidad Tecnológica Nacional o el Instituto Tecnológico de Buenos Aires, que nacieron para formar sólo ingenieros y tomaron claramente las cualidades de una escuela universitaria, aunque ambos institutos no pudieron sustraerse a las tendencias que provenían de las universidades clásicas, que propagaban su modelo y su estilo. Por ello, la formación de ingenieros en la Argentina está en crisis.